

Aproximación al talante místico de Sor Francisca Josefa del Castillo

Carlos Eduardo Román Herrera

**Universidad de La Sabana
Facultad de Filosofía
Maestría en Teología**

Asesor: Mónica Montes Betancourt



Chía, 28 de mayo de 2023

Tabla de Contenido

Resumen3
Introducción4
<i>Biografía</i>5
<i>Descubrimiento de la vocación religiosa</i>8
<i>Sueños premonitorios y visiones</i>10
<i>Influencias espirituales y lecturas</i>12
<i>Coloquios con Jesucristo: el misterio de la comunicación con Dios</i>15
<i>Dificultades en el convento. Abrazar la cruz</i>18
<i>La pedagogía de Dios</i>20
<i>El misticismo de Sor Francisca Josefa</i>21
<i>Soledad y silencio</i>23
<i>La gracia del Espíritu Santo</i>25
<i>Pruebas en el camino de santidad</i>26
<i>Santidad y filiación divina</i>27
Conclusiones29
Referencias bibliográficas31

Resumen

En esta investigación, me detengo en la experiencia mística de la monja colombiana Francisca Josefa del Castillo (Tunja, 1671-1742) a través de los textos “Su vida” y los “Afectos espirituales”. Estos escritos permiten adentrarse en su comprensión sobre la relación que se urde entre el alma y Dios. Sus escritos ameritan concederle lugar preponderante en la literatura mística colombiana ya que sus obras ofrecen el testimonio de una vida entregada a la fe, comprometida con la misión evangelizadora y con el plan de salvación de Dios.

Palabras Clave: Mística, revelación, purificación, iluminación, oración contemplativa.

Abstract

In this investigation I focus on the mystical experience of the Colombian nun Francisca Josefa del Castillo (Tunja, 1671-1742) through the texts "His life" and "Spiritual Affections". These writings allow us to delve into her understanding of the relationship that is woven between the soul and God. Her writings deserve to be given a prominent place in Colombian mystical literature since her works offer the testimony of a life devoted to faith, committed to the evangelizing mission and God's plan of salvation.

Key Words: Mysticism, revelation, purification, enlightenment, contemplative prayer.

Introducción

El presente artículo investigativo tiene por objeto dar a conocer la vida y obra de la religiosa clarisa colombiana Sor Francisca Josefa de Castillo y Guevara, así como analizar y reflexionar sobre sus caminos de oración contemplativa. Sor Francisca Josefa constituye un referente para la literatura mística tanto en el contexto nacional, como en el internacional. Su breve pero significativa producción escrita ofrece un valioso testimonio cristiano por su compromiso en la construcción del Reino de los cielos en la tierra y por su proyección hacia la vida eterna (Lc 17, 20-25).

En esta investigación parto de una metodología expositiva y argumentativa. Inicio con la narración de asuntos relevantes de la vida de Sor Francisca Josefa tales como su biografía y entorno familiar, eclesial y afectivo. Me detengo después en los matices místicos de su producción literaria, en especial, su oración contemplativa y los asuntos más relevantes de su vida interior. Así mismo, refiero las influencias que recibe, en especial, de Santa Teresa de Avila y de Sor Juana Inés de la Cruz, esta última, en su colección de poemas místicos reconocidos.

El trabajo literario de Sor Francisca Josefa consta de tres obras, a saber, la primera, denominada *Afectos Espirituales*, consta de una serie de ejercicios espirituales en la búsqueda de Dios que, al parecer, comenzó a escribir desde los 19 años; la segunda, "*Su Vida*", es una autobiografía y, finalmente, la compilación de poemas de "*El cuaderno de Enciso*" (Achury Valenzuela, 1968, p. 221-222).

Por último, ofrezco las conclusiones de esta investigación sobre la vida contemplativa de Sor Francisca Josefa del Castillo y su importancia como referente en la literatura mística y modelo de vida interior.

Biografía

La Madre de Castillo y Guevara, Sor Francisca Josefa de la Concepción, nació en la ciudad de Tunja, Departamento de Boyacá, presuntamente en el año 1671, el 6 de octubre, día en que se conmemora el natalicio de San Bruno. Falleció en agosto de 1742, conforme lo refirió el ensayista colombiano Darío Achury Valenzuela (1968), en el Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Achury refiere la duda sobre el presunto año de nacimiento de Sor Francisca Josefa porque su partida de bautismo no aparece en ninguno de los libros de registro de nacimientos de las tres (3) parroquias de Tunja de la época, ni en los libros parroquiales de los pueblos circunvecinos. Se asume que 1671 es el año probable de su natalicio, de acuerdo con los registros del R.P. Diego de Moya, dirigida en noviembre de 1746 a la madre Francisca del Niño Jesús, sobrina de Francisca Josefa, en la que el sacerdote da a entender que había pronunciado la oración fúnebre de la monja Del Castillo cuatro años atrás, cuando esta contaba con 72 años. Según los cálculos, su natalicio había sido en 1671 (Achury Valenzuela, 1968, p. 225).

Fue hija de Francisco Ventura del Castillo, abogado nacido en la Villa de Illescas, de tradición noble, procedente de Toledo (España). Su padre llegó a la Casa de la Aduana, en Honda, en 1661, con el título de teniente del corregidor y alcalde Mayor de Minas. Incluso, llegó a ser alcalde ordinario de Tunja en 1686. Su madre, entre tanto, María Guevara Niño y Rojas pertenecía a una de las familias más prestantes de la sociedad de Tunja. La monja deja de lado la posición social de sus padres para entregarse a la vida monástica y convertirse en una de las místicas más significativas en las tierras de la Nueva Granada.

Los padres de sor Francisca Josefa contrajeron matrimonio católico en la Parroquia de Las Nieves, en Tunja, el 4 de febrero de 1662 y tuvieron tres (3) hijos, Catalina, Pedro Antonio Diego y Sor Francisca Josefa¹. Desde pequeña, su madre le enseñó la lectura y escritura. Los primeros textos a los que se acerca son las comedias. Más adelante, se inició en la interpretación del órgano y, posteriormente, empezó a frecuentar la lectura de los escritos de Santa Teresa de Ávila, entre otros, que inciden notablemente en su vocación religiosa.

A los 14 años, (1685), recibió el sacramento de la confirmación apadrinada por el R.P. Pedro Calderón, rector de la Compañía de Jesús. Desde entonces, Francisca Josefa renunció a las frivolidades mundanas, según lo expresa en sus escritos autobiográficos, y se recluyó en una cueva con un crucifijo y libros de oración como el de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola. En 1689, a los dieciocho años, ingresó al convento de Santa Clara en Tunja como seglar, por dos años. En 1690 comienza a escribir, al parecer, su obra "*Afectos Espirituales*" por instrucción del padre Francisco de Herrera, quien fue uno de sus confesores. Sus lecturas revelan una aventajada inteligencia y sensibilidad.

Entre los años de 1691 y 1696 profesó el noviciado. Sor Francisca siente que ha recibido la gracia sobrenatural de entender el latín sin haberlo estudiado. Su padre murió en 1691 y dos años después experimenta una etapa de sequedad espiritual en la oración. Hizo su profesión religiosa en 1694, a los 23 años, a pesar de los intentos disuasivos de su parentela sobre la vida en clausura.

Su primer confesor, el padre Herrera, la trató con severidad y le ordenó escribir sus experiencias espirituales. Lo sucedió el padre Juan de Tovar hasta 1701. Sor

¹ Estos datos cronológicos provienen del *Estudio Liminar de Su vida* (Achury, 1956, pp. 10-11).

Francisca Josefa fue nombrada capellana en tres ocasiones, fue portera y maestra de novicias.

En 1715 sintió la tentación de quemar sus escritos, después de experimentar la aparición del demonio en forma de serpiente y cabeza de gallina. Tenía entonces 44 años y estaba escribiendo el capítulo XLI de *Su Vida*. (1956, p.87). En los años 1718, 1722 y 1738 fue elegida abadesa del convento de Santa Clara. Durante 1696 y 1703 presentó serios quebrantos de salud, y por un lapso de dos (2) años, sintió dolores terribles como si fueran los estigmas del Señor, en pies, manos y corazón. Su madre murió ciega y tullida y Sor Francisca Josefa solicitó licencia del arzobispo para trasladar a su madre al convento y poderla cuidar. Su madre vistió los hábitos y profesó de religiosa.

En 1728, al cumplir la edad de 57 años, Sor Francisca Josefa terminó la obra "*Afectos Espirituales*". Murió en 1742 a los 71 años, después de padecer dolores corporales y espirituales, con breves estadios de consuelo. Según lo registra Moya , en 1743 su cuerpo se hallaba incorrupto, conforme a la nota incorporada al final de los manuscritos de la "Vida" de Sor Francisca (pp.12-16).

La madre Castillo deslumbra por la potente simbología que esgrime en sus textos místicos, y por los recursos con los cuales describe su profunda relación con Dios, junto con la fuerza del amor divino que refleja en sus escritos. Su obra reviste profundo interés de la crítica no solo por su contenido místico sino por las metáforas y giros literarios que construye.

Descubrimiento de la vocación religiosa

En la obra autobiográfica de Sor Francisca Josefa sobre su vida, relata la existencia de un pariente por vía materna que la pretendía a los 12 años de edad, atraído por sus buenas maneras, su procedencia y su crianza esmerada. El pretendiente prometía solicitar dispensa a Roma para contraer matrimonio. A Francisca Josefa no le era indiferente:

En sus reflexiones, expresa:

Yo, como loca y vana, y como que mi corazón no había encontrado mi centro, andaba vagando por despeñaderos, aunque sin más intento que la vanidad de ser querida; más sin aquel recato que debiera; leía sus papeles, que eran vanísimos y aunque no respondía a su intento, no huía las ocasiones de verlo y hablarle; más breve atajó Nuestro Señor el mal en que pudiera haber caído, movido de su infinita misericordia, y quizá mirando alguna ignorancia que acompañara mi malicia. (1956, p. 68)

El padre no aprobó las intenciones amorosas del joven y lo despachó de manera enérgica, sorprendiendo a su madre con la reacción.

En breve lo atajó por medio de mi buen padre, que como tan recatado y advertido, reparó en la demasiada familiaridad; con severidad se lo advirtió a mi madre, y luego cayó sobre mí la represión y supe de las criadas como mi padre se lo había reñido. Entró con esto en mi corazón tanta confusión y vergüenza, que comencé a cobrarle a aquel sujeto un grande horror, y a mirarle con una sombra de muerte. (1956, p. 68)

Si bien resultaba normal la atracción o entre dos jóvenes, este episodio revela su llamado a una vocación totalitaria. Entonces, su padre la llevó de visita al convento de Santa Clara para visitar a una tía monja que le obsequió dos libros espirituales. Uno de ellos era de San Ignacio de Loyola, cuya lectura representó para sor Francisca Josefa una guía esencial en sus anhelos trascendentes. Sus textos evidencian la permanente fuerza espiritual interior y su cercanía con El Creador.

En este llamado a la vocación religiosa, Francisca Josefa mantuvo también un comportamiento humilde y austero en su atuendo, antes de tomar los hábitos, sin conceder importancia a las exigencias sociales ni a las críticas.

Sus actitudes motivaban la murmuración, sobre todo, con la familia, y su padre tomó la decisión de acomodar a su hija, en un lugar apartado de la extensa hacienda donde vivía para que Francisca Josefa pudiera establecerse moderadamente, obligándola a confeccionarse atuendos de religiosa. Esta decisión fue motivada por influencia de su hermana, quien sugirió que, de esta forma, dejaría su iniciativa de tomar los hábitos. La decisión del padre, lejos de hacerla desistir, la impulsó. “Me daba nuestro Señor luz de que sería mayor servicio suyo entrar de religiosa; que muchas santas a quienes deseaba imitar, habían huido de la casa de sus padres y contra el gusto de ellos habían sido religiosas” (1956, p. 82).

Sus pensamientos son fieles a los enunciados bíblicos: “Si has decidido servir al Señor, prepárate para la prueba” (Eclesiástico 2, 1). Esta cita bíblica y las que siguen a continuación, hasta el versículo quinto, reflejan su batalla espiritual.

(2) Conserva tu corazón y sé decidido, no te pongas nervioso cuando vengan las dificultades. (3) Apégate al Señor, no te apartes de Él; si actúas así, arribarás a buen puerto, al final de tus días. (4) Acepta todo cuanto te pase y sé paciente cuando te halles botado en el suelo. (5) Porque, así como el oro se purifica en el fuego, así también los que agradan a Dios pasan por el crisol de la humillación. (Eclesiástico 2, 2-5)

A los dieciocho años, ingresó al Convento de Santa Clara en Tunja como seglar, para discernir el llamado de Dios. Al cursar el noviciado (1691 a 1693), su padre enfermó gravemente y cuando terminó los ejercicios espirituales se enteró de la muerte de su padre. Experimenta entonces el Consuelo de Dios. Lo expone así en su obra biográfica: “Hízome Nuestro Señor el beneficio de que vuestra paternidad volviera a esta ciudad, porque quedara en lugar de mi padre cuando él murió” (1956, p.89).

En este momento, no había profesado aún los hábitos de religiosa, pero acudía a los oficios sacramentales de manera permanente en compañía de las hermanas, e intensificó sus oraciones y la lectura de la Biblia. “Mas, eran tan a medida de las aflicciones y desconsuelos que padecía las cosas que entendía en los salmos, y las

imprimía tan dentro de mi alma, que no podía cerrar los oídos a ellas, aunque quisiera” (1956, p.89).

En la noche en que su padre murió, Francisca Josefa sintió haber recibido una concesión del Señor para que reparase por su alma desde la oración de intercesión. La religiosa describe con claridad las tribulaciones nocturnas que la aquejaban:

Entré en ellos (ejercicios espirituales) en aquella celda estrecha y lóbrega donde me había puesto aquella monja, amiga de mi tía, cuando me apartó de sí. Fue tanto lo que aquí padecí en oración, que contenerle yo a mi padre el mayor amor que pienso cabe en lo natural, y saber estaba sin esperanza de vida, y que faltándome faltaba todo en lo humano, y que él repetía: “Hijita de mi alma, que entendí tener el consuelo de morir en tus brazos” y ya casi sin aliento me escribía que pidiera a Dios su salvación cuando apenas podía ya formar las letras. Con todo esto, y con hallarme cercada de tanta tribulación, hecha la piedra de escándalo y con tanta pobreza y desconsuelos; todo esto era nada y todo se me olvidó, a vista de que padecía en oración (...) (1956, p. 90)

Sueños Premonitorios y Visiones

Sor Francisca le refiere a su director espiritual sueños reveladores que daban cuenta de acontecimientos posteriores. Entre los más significativos, llama la atención uno en el que ve el homicidio de un trabajador, al parecer, de la hacienda de su padre, conocido por su mal proceder.

Escribe en su obra biográfica:

Nuestro Señor no dejaba nunca de darme recuerdos, y ponerme temores desde el principio. Una noche, estando durmiendo, vi en sueños que una multitud de espíritus malos, en formas humanas espantables, andaban como toreando a una persona, y que dándole muchas heridas, cayó muerta; yo desperté con el susto y pavor que me causó y a la mañana llegó una esclava de mi madre a avisarle que esa noche había muerto aquel sujeto; yo no dije nada aunque después oía contar que había vivido en mal estado, escandalosamente, y después de mucho tiempo, corrió que se había aparecido y dicho que estuvo para condenarse y que por la devoción que tuvo por Nuestra Señora se la había conmutado la pena eterna en temporal, hasta el día del juicio; y eso fue y ha sido muy corriente. (1956, Cap. II, p. 66)

Sor Francisca Josefa pudo ver al sujeto en sueños, perseguido por sus asesinos que, a su vez, recibían la influencia de los demonios. Alcanzó a ver con escenas vívidas el final de este hombre. Al día siguiente, sus padres recibieron la noticia sobre el asesinato del hombre que a la monja ya se le había revelado. Al parecer, este tipo de

sueños premonitorios y visiones eran uno de los dones del Espíritu Santo que se manifestaban en su cotidianidad² (1956, p. 66).

En ejercicio de este don, predominan tanto los que guardan relación con las visiones de sus propias faltas, como las que recogen las vivencias de otras almas a causa de sus errores y limitaciones. Las imágenes son vívidas y revelan una rica simbología plena de matices anclados a la tradición occidental y a las metáforas de la cristiandad, tal como se advierte en este texto de su autobiografía:

En una ocasión, me pareció andar sobre un entresuelo hecho de ladrillos, puestos punta entre punta, como en el aire, y con gran peligro y mirando abajo vía un río de fuego, negro y horrible y que entre él andaban tantas serpientes, sapos y culebras, como caras, brazos de hombres que se veían sumidos en aquel pozo o río; yo desperté con gran llanto, y por la mañana vi que en las extremidades de los dedos y las uñas tenía señales del fuego; aunque yo esto no podría saber cómo sería". (1956, p.61)

Estos acontecimientos extraordinarios que se presentaron a través de sueños y visiones de la monja de Castillo y Guevara se han venido manifestando a lo largo de los siglos en otros místicos que han experimentado una profunda relación personal y de unidad con Dios, que los ha hecho partícipes de estas revelaciones. Un ejemplo reciente es el de Santa Faustina Kowalska, religiosa polaca, quien tuvo visiones de Jesús sobre la Divina Misericordia, y recibió visiones sobre el Cielo, el purgatorio y el infierno, tal como lo relata en sus *Diarios* (1996). Otro ejemplo es el de San Pío de Pietrelcina, fraile capuchino estigmatizado quien, de acuerdo con sus relatos, experimentó el don de la bilocación, se enfrentó al demonio y recibió el don de conocer los pecados de las personas para ayudarlas mientras administraba el sacramento de

² MM Philipon en su obra *Los Dones del Espíritu Santo* señala que este tipo de manifestaciones constituyen dones del Espíritu Santo dirigidos hacia aquellos a quienes elige como sus instrumentos. "Entre amigos no hay secretos, se lo dicen todo, no existe más que una sola alma y un solo corazón, 'ya no os llamo siervos sino amigos (...) lo que he aprendido de mi Padre lo he hecho conocer', de esto que es el Espíritu Santo quien actúa durante la vida mística" (1983, p.53).

la confesión. Aunque algunos atribuyeron estas experiencias de Pío de Pietrelcina a desórdenes psicológicos, la Santa Sede confirmó, entre otras cosas, la veracidad de sus estigmas y lo canonizó en 2002 (Beppe, 2014, p. 32-33).

Influencias Espirituales y Lecturas

La biblioteca de Sor Francisca Josefa muestra su nivel cultural y el interés genuino por relacionarse íntimamente con Dios. Solía utilizar los escritos de algunos santos como fórmulas de oración, siendo los más significativos los “*Ejercicios Espirituales*” de San Ignacio y los de los Cartujos. Entre sus pertenencias, cumple un importante papel la obra denominada *La Introducción de los Sacerdotes*, de Fray Antonio de Molina, quien se catalogaba a sí mismo como el “indigno monje de la cartuja”. El libro había sido regalo de uno de sus confesores.

Acudía también a los textos de catequesis para mejorar su experiencia en la oración, por ejemplo, “*Los Comentarios sobre el catecismo de la doctrina cristiana*”, escrito por fray Bartolomé Carranza de Miranda, “que le acarreó al autor un peligroso encuentro con la Inquisición” (Achury, 1956).

También fueron relevantes entre sus lecturas, *El compendio y explicación de la doctrina cristiana*, de Fray Luis de Granada, traducido del portugués al español por el Padre Enrique Almeyda, el *Libro de la Verdad*, de Pedro de Medina y, uno de sus preferidos, “*Aprecio y estima de la divina gracia*”, del Padre Eusebio Nieremberg, que le abre la puerta a la ascética y mística española.

Un renglón fundamental de su vida mística lo constituyen los escritos ascéticos, pues le atraen los textos que refieren temas como la purificación del alma por la senda

purgativa, la penitencia del cuerpo y del espíritu, la lectura espiritual, la meditación y la dirección espiritual.

En cuanto a la vía penitencial, sor Francisca Josefa siente inclinación por estudiar textos como *Los Discursos de la Paciencia Cristiana* (1592), de Fray Hernando de Zárate y los *Ejercicios de perfección de las virtudes cristianas* (1609) del Padre Alfonso Rodríguez, que tienen como tema central la meditación o los ejercicios de las tres potencias, para alcanzar el estado de purificación.

En lo referente a la oración y a su método, se advierte la importante influencia en su propia experiencia religiosa de la obra de Santa Teresa de Ávila. Sor Francisca Josefa se interesa por las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva, al punto de buscar para sí misma, especialmente, la iluminación que ocurre cuando se arraigan la gracia y los dones del Espíritu Santo en el florecimiento de las virtudes en su alma. Achury (1956) concluye en el *Estudio Liminar* de “Afectos Espirituales” que:

La iluminación consiste en que la sustancia del alma, mediante un proceso de actos y esfuerzos suyos, se va compenetrando gradualmente con la gracia, al paso de que sus actos de orden natural se van subyugando progresivamente al imperio de las virtudes, dando vía a los dones del Espíritu Santo, hasta el punto de que todas las mociones del alma procedan de aquellas potencias o principios sobrenaturales, y se ajusten a las mismas fácil y connaturalmente. (p.16).

La finalidad, en estos términos, consiste en que el orden natural del alma se someta al orden sobrenatural, en función de una voluntad mayor. Su vivencia es coherente con la exhortación de San Pablo, “Ya no soy yo quien vive, sino es Cristo quien vive en mí. Y la vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por mi fe en el Hijo de Dios, que me amó, y se entregó a la muerte por mí” (Gál. 2, 20).

Para interpretar la obra de Sor Francisca Josefa en sus *Afectos Espirituales* es importante tomar en consideración los textos que explican la oración afectiva. Concede especial importancia a dos documentos: *Los trabajos de Jesús*, del fraile agustino Tomás de Jesús y la *Vita Christi* (1503), del cartujo Landolfo de Sajonia, traducida al

castellano, a instancias de los Reyes Católicos, por fray Ambrosio de Montesinos en 1503.

Los textos de Sor Francisca Josefa reflejan una honda relación con Dios en la que se advierten características de la vía unitiva, tal como la describe Santa Teresa de Ávila, por cuanto Del Castillo refiere una experiencia en la que el alma se enlaza en conformidad con el Creador y su oración intenta abrazarse a Dios, en toda su magnitud, para percibir la gracia que derrama en el alma. Su oración, según lo expresa en los *Afectos espirituales*, supera un estadio afectivo para trascender hacia un nivel de experiencia en la que el alma se arroba en la presencia de Dios (1956, cap.IX, p. 92).

En el campo de la literatura ascética, las obras que influyeron en los *Afectos Espirituales* fueron: *Tratado de la Hermosura de Dios*, del Padre Eusebio Nieremberg, las *Cien meditaciones devotísimas del amor de Dios*, del franciscano Fray Diego de Estella y los *Sermones y opúsculos*, de Santo Tomás de Villanueva.

Es doble el efecto que ocasionan sus lecturas espirituales: por un lado, penetran en la conciencia y le permiten entender en profundidad el misterio de las cosas trascendentes; por otro lado, la incitan a la contemplación que estimula su voluntad humana para fundirse en la voluntad de Dios y en su llamado (Achury Valenzuela, 1956, p.20).

Los *Afectos Espirituales* constan de cuatro partes: la primera compuesta de 109 afectos; la segunda, de 86 afectos (del 101 al 196); la tercera tiene algunos escritos, dos poesías, elogios y súplicas a María Santísima y desengaños, exhortación a la penitencia, acto de contrición. La tercera parte, adicionalmente, incluye cuatro afectos espirituales inéditos y los fragmentos, atribuibles a Sor Francisca Josefa, “sobre la murmuración” y de los detractores”, “Grados de contemplación del sumo bien” y “cántico Segundo”, que presuntamente son borradores de los afectos espirituales que no

alcanzaron a ser plenamente elaborados. La cuarta parte del segundo volumen está conformada por las cartas de los confesores. Es en la primera y segunda parte de los afectos donde se evidencia la experiencia mística vivida por Castillo. La Madre Castillo es, dentro de la literatura mística latinoamericana, la más prestigiosa por sus experiencias místicas y por su obra que ha alcanzado, además, una mayor difusión a lo largo de la historia (Reinoso Fonseca, 2017, p.52).

También Sor Juana Inés de la Cruz ejerce su influencia en su vocación y en su obra. Aunque Sor Juana ingresa al convento para dedicarse a sus estudios principalmente, al final de su vida, arrepentida de su falta de piedad, acoge una vocación totalitaria de entrega a Dios. (Robledo, 2015, p.8)

Estas lecturas fortalecen el anhelo de Sor Francisca Josefa por ahondar en su relación con Dios. También cultiva la oración profunda y todos los caminos ascéticos que le permiten crecer espiritualmente. Todo constituye una unidad, incluso, las experiencias vividas, como el luto por la pérdida de su padre que le permite comprender que la única felicidad reside en contemplar las delicias del encuentro definitivo con el Creador.

Coloquios con Jesucristo: el misterio de la comunicación con Dios

Conforme a lo expuesto por Angela Inés Robledo (2015) en la presentación de la obra "Mi Vida" de la monja tunjana, la narración autobiográfica de la madre de Castillo es un relato de supremo dolor, propio de la vía purgativa, que implica la conciencia de ser impura y la decisión de eliminar los obstáculos que impiden la unión con la divinidad (pp.12,13).

La experiencia mística cristiana se puede entender como la apertura al misterio que revela la Sagrada Escritura, en la unión de lo divino con lo humano. Esta acción significa conocimiento del amor de Dios, dado mediante una donación espontánea en el interior del ser humano: porque "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado" (Rm 5,5).

En el desarrollo de la mística, como experiencia, se dan los mismos tres grados de la ascensión en forma similar a la ascética: el de purificación, iluminación y unión. No obstante, la purificación mística se inicia cuando la ascética tiende a su culminación. (Cfr. Achury, 1956, pp.26-27)

Los escritos de Sor Francisca Josefa refieren una profunda experiencia sobrenatural que se cimienta en la oración contemplativa y se expresa a través de las imágenes del viaje al centro y de la proyección ascensional, conectadas con las etapas del crecimiento espiritual a las que se refieren reconocidos místicos, entre ellos, la Santa de Ávila, tan cercana a Sor Francisca Josefa.

En la última etapa de este camino, el alma se transforma íntegramente en Dios, por el cual se le da el nombre de vía unitiva. Al primer descanso de esta sublime jornada se le debe llamar Unión incipiente; el segundo, Unión plena y el tercero, Unión transformante: a esta etapa última, los místicos le llaman Matrimonio espiritual ". (Achury, 1956, pp.30-31)

En este punto la comunicación del alma con Dios es directa y plena. Lo expresa así en los *Afectos espirituales*:

Estando así el alma con su querido Bien y Señor, le parecía que se ponía en pie, y ceñía sus vestiduras como para caminar, y le preguntaba: Francisca, ¿quieres venir conmigo? Y como el alma estaba tan fortalecida con el amor, respondía: sí Señor, sí Señor y Bien mío, iré donde fueres, y estaré donde estuvieres, que solo eso quiero y deseo". (Afecto 104)

El género poético en la obra de la religiosa favorece esa expresión de lo inefable en la que el alma, a través del ritmo, la voz, los símbolos y metáforas, expresa el fondo misterioso del alma humana y su anhelo de infinito. Entonces, el alma habla con la trascendencia y disfruta la singularidad de esta experiencia dialogante, abierta a una respuesta.

En la poesía mística, el sustento reside en un amor que va y vuelve, entre el alma y Dios. En la creación de Sor Francisca Josefa del Castillo su poesía se enraiza en la oración y constituye una poética rítmica y armónica. Por la oración permanente mantenía la comunicación con Dios y buscaba la respuesta de su gracia, tal como lo expresaba Santa Teresa de Ávila, una de las místicas de mayor incidencia en la obra de la Madre de Castillo. En *Camino de perfección*, (1957) Santa Teresa en el capítulo XVI, señala cuatro aspectos esenciales para la vida de oración: la caridad o el amor al hermano, la pobreza o el desasimiento de uno mismo, la humildad y, muy particularmente, la castidad.

Este sentir, le permite a Sor Francisca entrar en otra dimensión, más allá de lo que había estudiado, de su comprensión y del análisis racional. Sor Francisca Josefa de Castillo describe la sed del alma que solo se sacia en los tabernáculos de Dios. Apela a descripciones espirituales que, en algunos casos, recuerdan las utilizadas por Santa Teresa de Ávila en *Las Moradas*. Esta experiencia sensible aparece expresada así:

Entendí todo el salmo que empieza: *Del modo que desea el ciervo las fuentes de las aguas*, etc. Entendíalo de modo que nunca lo sabré explicar, porque me parecía que era experimentar en mí aquellas cosas, una espantosa tribulación en que entendí que tal suerte no cabe en términos humanos. Parecíame que el alma, buscando su Dios con aquella sed y ansia, se subía y hallaba sobre todas las cosas criadas, y se le mostraba la grandeza de los cielos, sol, luna, estrellas, elementos, etc.; y pasando estos tabernáculos admirables aún no llegaba a la admiración de su Dios, donde sentía un gemido, un ¡ay!, un desfallecer, hace recordatus sum, et effudi in me animam meam. (Afecto 103)

Sor Francisca Josefa del Castillo anheló abrazar plenamente a Jesucristo como camino para alcanzar la redención. Reconoció el valor de su propia pobreza que potenciaba su certeza sobre la necesidad del Verbo. Le infundió temor la idea de ser medida por su iniquidad, con la vara de Dios. Se vio a sí misma desnuda, llena de pecado, y temió profundamente que fuere la vara con la que sería medida por el dolor de ese Dios que sufría por su pecado porque la amaba. “*¿Quore posuisti me contrarium*

tibi?" (Afecto 49). Le suplica pidiendo el perdón amoroso de Dios y la paz, más allá de las miserias e inclinaciones de las que se acusa.

En sus escritos, se advierte la relación entre el "abajo" de ese "abismo" del pecado que la autora refiere, en tensión hacia ese "arriba" del perdón y la misericordia de Dios en los que busca su descanso y su paz. La autora continúa así una tradición mística que utiliza la relación vertical, expresada con la metáfora del abismo, para explicar la relación entre el hombre y la trascendencia.

Dificultades en el Convento. Abrazar la Cruz

A los dieciocho años, ingresó al convento de Santa Clara la Real en Tunja, donde permaneció como seglar durante dos años y otros dos como novicia. Su vida en el convento fue difícil pues muy pronto probó la rigidez de la disciplina y la condición austera, pero esto no le disgustaba; sin embargo, lo que sí le causó molestia fue la relación con sus compañeras. Muchas de ellas le prodigaban malos tratos porque envidiaban lo aventajada que resultaba en múltiples actividades. Las compañeras no comprendían la vida interior de Francisca Josefa y, mucho menos, sus dones místicos junto con su capacidad intelectual.

A los diecinueve años, empezó a escribir sus confesiones por orden del Padre Francisco de Herrera, su confesor y director espiritual. Con su respaldo, su vocación religiosa cobra fuerza. El diálogo entre ambos sorprende por su profunda vivacidad. Sor Francisca Josefa le relataba sus sueños, sus visiones, sus sentimientos frente a las más diversas realidades con las que se debía enfrentar, sus fórmulas de oración, los coloquios que sostenía con el Verbo encarnado, los pecados que la atormentaban

y, al mismo tiempo, le comentó los momentos difíciles que vivía con su comunidad en el convento.

Francisca Josefa padecía de manera profunda las tribulaciones del alma. Describió sus sufrimientos comparándolos con los tormentos de las almas en pena. Escribió en su diario: “era grande mi padecer interior; y era tal, que leyendo algunas veces las penas de las potencias de los condenados, me parecía aquello lo que yo padecía” (1956, cap. IX, p.82). Pero encontró descanso y sentido en la vida sacramental, principalmente en los sacramentos de la confesión y de la comunión.

Es de importancia, referir a su oración de abandono,:

“¡Oh, Dios, y amor limpísimo, estas misericordias tuyas acordáis, acordáis a mi corazón y a mi alma, para que deshaga, en agradecimiento, ¡y en confusión de mi ingratitud a este beneficio! ¡Oh único esposo de mi alma, y parte dichosísima de mi herencia! ¿quién más te rogó por mí, que por otras? ¿No vías, Señor mío, ¿quién yo era y había de ser? Qué más premio de trabajos, afrentas y desprecios, que ser tuya, Señor mío, y haberme nombrado esposa tuya, aunque después no me hubieras de dar la gloria.”(1956, cap VI, p. 83)

El camino de la cruz se enraíza en su corazón, abonado con la disponibilidad ante el Señor. Los frutos que surgen de esta entrega son la sabiduría, la pureza de corazón y la rectitud de conciencia. Buscó la gracia santificante a través de la oración. Meditó continuamente en los dolores de Cristo en la cruz. Experimentó los dolores del cuerpo, en su profunda pedagogía, tanto como los dolores del alma, por los desaires constantes que sus compañeras del convento le infligían por habladurías y chismes.

Sobre el particular, Del Castillo reflexiona:

Yo me vía hecha escándalo del convento. Hacían y hacían contra mí cosas intolerables. Si leía en el coro un libro, que trata de amistades particulares y el daño que hacen, decían que yo fingía aquello para quitarles sus amigas y que me fueran a ver a mí. Echábanlas de sus celdas en sabiendo que me iban a ver, y con esto el enemigo les ponía más espuelas para que en ninguna parte me dejaran, con quejas e historias. Ahora me da horror acordarme de ese modo de tormento y lo poco que podía para librarme de él, y como andaba temblando y temiendo sin saber dónde esconderme porque yo era el asunto de todas las conversaciones y pleitos y la irrisión de toda la casa”. (1956, cap.XVI, p.129)

Este estado de sufrimiento encuentra un soporte evangélico “*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*” (Mt. 5,4). Según las Sagradas Escrituras, este llanto puede tener dos aspectos. El primero, la aflicción causada por la muerte o por el

sufrimiento de alguien amado, y el segundo, un llanto por el dolor de los pecados, por haber ofendido a Dios y no haber correspondido al amor incondicional del Señor hacia el hombre, por el bien que se dejó de hacer, por no haber amado a los demás (Papa Francisco, 2020).

La Pedagogía de Dios

Cuando se meditan las líneas que escribe en su diario la Madre de Castillo, se percibe el encanto que experimenta ante la cercanía con su Creador. La autora comunica hasta qué punto la gracia de la fe le permite entender el sentido del dolor y su relación con el camino de la salvación. “La fe es una adhesión personal del hombre entero a Dios que se revela. Comprende una adhesión de la inteligencia y de la voluntad a la Revelación que Dios ha hecho de sí mismo” (Catecismo de la Iglesia Católica, No 176).

La monja del Castillo encuentra en el sufrimiento un instrumento que la salva de la banalidad de la vida y la sitúa frente a Dios. Busca en Cristo el consuelo y la tranquilidad que le permiten mantenerse en pie, a pesar de la crueldad que experimenta entre aquellas a las que considera sus hermanas. En su obra “Su Vida”, escribió:

Pues como en los ejercicios fortaleciera Nuestro Señor mi alma, y me diera luz de muchas cosas (...) ¡Oh, Dios y Señor mío, cuán diferente es tu amor, y el de las personas que lo fundan en Vos, y en las cosas que han de durar; y quieren el bien, y bien que es verdadero, ¡para las personas que quieren bien! (1956, XVII, p.135)

El hermano Felipe Borda, de la Comunidad Esclavos del Reino de los cielos, encargados de llevar adelante el proceso de beatificación de Sor Francisca Josefa del Castillo, sostiene que un trapense le había enseñado el tipo de ejercicios espirituales que practicaba desde antes de entrar al convento, tal como aparece en un conjunto de escritos inéditos que esta comunidad conserva para el estudio de su causa (Datos referidos en entrevista personal).

La madre de Castillo practicaba también diversas mortificaciones para favorecer su crecimiento espiritual y privilegiar el alma antes que el cuerpo. Su concepción sobre el cuerpo se engasta en la comprensión de la época, como fuente de vicio, carne vil, saco de podredumbre. Escribió en su diario:

El altísimo don de castidad y pureza que hace a las almas esposas del Altísimo Dios descende de arriba, del Padre de las lumbres. Despedazaba mi carne con cadenas de hierro, hacíame azotar por manos de una criada; pasaba las noches llorando; tenía por alivio las ortigas y cilicios; hería mi rostro con bofetadas; y luego parecía que quedaba vencida a manos de mis enemigos. (1956, cap. XIX, p.144)

El misticismo de Sor Francisca Josefa

La obra sobre “Su Vida” evidencia el crecimiento espiritual de la religiosa. Entendió su libertad como camino que la incitó a hacerse esclava del Amor de Dios. Anhelaba participar del cielo y de la presencia de Dios pues, aunque percibió su cercanía, advirtió también que aún no estaba plenamente en su presencia.

Para entender la profundidad de los textos de Sor Francisca es preciso estudiar a Santa Teresa de Jesús pues es evidente su estrecha influencia en el pensamiento de la mística colombiana. Conviene también consultar otros textos místicos para advertir, en el trasfondo, las similitudes que provienen de una voz interior en la que estos autores reconocen la acción del Espíritu Santo en sus ideas y en sus planteamientos.

Llaman la atención las similitudes, incluso cuando se apela a voces de la mística contemporánea que coinciden con el tipo de experiencia de Sor Francisca Josefa. Despierta interés la cercanía entre la concepción sobre la mística de un sacerdote dominico colombiano, Fray Juan Tomás González Arintero, y la que revelan los escritos de Sor Francisca Josefa.

Vida Mística es la misteriosa vida de la gracia de Jesucristo en las almas fieles que, muriendo a sí mismas, con Él viven escondidas en Dios (Col, 3,3) o, más propiamente, ‘es la íntima vida que experimentan las almas justas, como poseídas del Espíritu de Jesucristo’ recibiendo cada vez mejor y sintiendo a veces claramente sus divinos influjos -sabrosos y dolorosos- y con ellos

crecen y progresan en unión y conformidad con el que es su Cabeza, hasta quedar en Él transformados. (Arintero, 1952, p.17)

La Madre del Castillo toma como guía a la Santa de Ávila quien constituye una de sus influencias más fuertes en el camino espiritual, en especial, en los primeros capítulos de su autobiografía. Al comparar las obras escritas por ambas místicas se encuentran varias coincidencias, a saber: Santa Teresa estableció que el Señor la favoreció al darle “padres virtuosos y temerosos de Dios”. Sor Francisca, de igual manera, considera como un beneficio singular de Dios haberle dado padres que reunían las mismas características (1956, p.1). Al referirse Santa Teresa a las lecturas espirituales que en el hogar contribuyeron a iniciarla en su vida religiosa, mencionaba: “Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos”. (Santa Teresa de Jesús, 1957, p.32). Por su parte, sor Francisca también manifestó: “Leía mi madre los libros de Santa Teresa de Jesús, y sus Fundaciones, y a mí me daba un gran deseo de ser como una de aquellas monjas, que procuraba hacer alguna penitencia” (1956, p.5). Adicionalmente, Santa Teresa expresaba sus anhelos de llevar una vida ermitaña, manifestando: “De que vi que era imposible ir a donde me matasen, ordenábamos ser ermitaños (refiriéndose a ella y a su hermano Rodrigo) y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitaños” (Santa Teresa de Jesús, 1957, p.33). Por la misma línea, escribió Sor Francisca: “solo me inclinaba a vivir como los ermitaños en los desiertos y cuevas del campo” (1956, p.5).

Se observa en sus obras como Sor Francisca evoluciona en la vida mística al entender, según lo menciona González Arintero (1952), “todo el proceso de formación, desarrollo y expansión de esa vida prodigiosa, hasta formarse Cristo en la persona y transformarla en su divina imagen”. (p. 17).

Los escritos de Sor Francisca Josefa traslucen su vida metódica de las virtudes, su entrega plena a la voluntad de Dios, su entrega en manos de Dios y el deleite que le procura la elección de las cosas de arriba, sin miramientos. Sin embargo, también en su vida se evidencia hasta qué punto la intimidad con Dios es un asunto que el alma procura, pero Dios decide y favorece, tal como aparece en *Cantar de los cantares* 8, 4: “A vosotras, hijas amadas de Jerusalén os conjuro: no despertéis, no desveléis al amor hasta que le plazca”. También la Santa de Ávila exhortaba a las hermanas de su comunidad previniéndolas de no forzar el encuentro con Cristo en la más íntima de las estancias interiores a la que solo Dios puede invitar al alma.

Ese mayor conocimiento, en nuestro humilde sentir, no se logra sistematizando esta misteriosa doctrina de modo que queramos hacerla caber en nuestras pobres cabezas, reduciéndola del todo al orden de nuestros habituales conceptos para que así encaje en los sistemas humanos. (Arintero, 1952, p.41)

Soledad y silencio

Los escritos sobre la vida de la mística refieren que se retiraba de la gente para practicar sus oraciones y lecturas espirituales, seguramente, como una práctica recomendada por sus confesores para sumergirse en la tranquilidad de la paz interior.

Lo ilustran bien estas líneas de su autobiografía:

Tenía por este tiempo cosas que me fatigaban mucho, porque temía en ella culpa, hasta que un día me pareció que el alma vía o sentía a Nuestro Señor, como cuando andaba en el mundo, en medio de la celda donde vivo, y que arrimando a su pecho mi cabeza, la recibía con amor. Quedé con esto fortalecida y mejorada en aquellas cosas que tanto me afligían. (1956, p.289)

La madre de Castillo recordó la escena cuando Jesús anuncia la traición de uno de ellos a sus discípulos (Juan 13, 23), recordó que, al igual que el apóstol amado, se refugió en el Sagrado Corazón de Jesús. Más adelante, escribe la Monja Clarisa:

El día de Ramos, no me acuerdo si al tiempo de comulgar, o poco después, sentí en lo más interior de mi alma unas palabras (me parece que claras y distintas) que decían, Francisca: ¿quieres ver la inconstancia de los corazones humanos? Aquí pararon porque yo no sé qué entendí, ni qué fue aquello, que toda el alma y las entrañas se me conmovieron, y empezaron a correr de mis ojos dos corrientes que no podían cesar ni detenerse. (1956, p. 289)

Sor Francisca Josefa asocia las escenas del evangelio con las alocuciones y visiones muy vívidas que recibe continuamente. La religiosa fue dócil a las inspiraciones que surgieron de las lecturas de la Santa de Ávila siguiendo al pie de la letra los pasos de la oración contemplativa que encendieron el anhelo de entablar esa misma amistad que Santa Teresa tenía con Jesús, por esto la oración constante se convertía en alimento de su vida espiritual, “¡Oh, pues, alma mía!”.

De Castillo escribe en su autobiografía:

Todavía vive tu esposo, tu padre, tu medicina y tu remedio; muero para vivificarte, sacramentado, para enriquecerte; ¡qué amor le debes, qué agradecimiento, qué confianza! ¡Que lágrimas y dolor de las veces que despreciaste su Sangre y finezas! No consideras los caminos que hizo, los pasos que dio para sanarte; mira que vino saltando montes, y traspasando collados y te llama para que te levantes del lecho de tu enfermedad fortalecida con el sustento y medicina de humildes accidentes y sazonado con el fuego del amor. (1956, p.122)

Buscó en la soledad del silencio una comunicación directa con Dios. El silencio equivale también al ejercicio de vencerse a sí misma, de entregar la vida, de convertirse en tierra fecunda, dócil a la semilla y a la unión íntima con Dios.

La quietud y el silencio potencian la entrega plena al Altísimo. Experimenta la sensación de un incendio interior que recuerda *La llama de amor viva*³ de San Juan de la Cruz. Explica también su sensación como si Dios la envolviese, levantase, como un abrazo al que no puede sobreponerse, se deja llevar y se abandona. La religiosa refirió en su autobiografía:

¡Llégate más y más a una tan suma limpieza y santidad, deseando con ardiente sed ser limpia y santa, para unirte al Santo y Limpio, y a placer de su limpia y santa voluntad! Mira que el que hiere iniquidad no andará por sus caminos; ama la Ley santa, limpia e inmaculada para que así te abracés, y llegues al dador de la Ley. (1956, p. 146)

³ Esta obra relata desde que un alma comienza a servir a Dios hasta que llega al último estado (grado) de perfección, que es el matrimonio espiritual; y así, en estas, se tocan los tres estados o vías de ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar a dicho estado, que son: *purgativa, iluminativa y unitiva*, y se declaran acerca de cada una algunas propiedades y efectos de ellas. El uso que hace del simbolismo y las ricas expresiones son dos factores que atraen al lector pues él solo pretende a través de los versos expresar una experiencia personal.

Sor Francisca Josefa siente el llamado a reponder plenamente a Dios. Santa Teresa de Ávila señala que en el camino de la fe son frecuentes los egoísmos, la concupiscencia, la tendencia al mal, que no permiten la verdadera unión. La monja de Castillo elige saltar para dejar atrás todo lo que la ata a este mundo y fundirse en el Amor de Dios, tal como lo hizo el ciego Bartimeo, a la orilla del camino, cuando escuchó la voz de Jesús y dejó de un salto su capa para llegar frente a Él (Mt. 20: 29-34).

Así lo expresó en su obra:

Este es el tiempo aceptable, este es el día de la salud, la hora presente en que puedes vivir sola con el Sumo Bien, caminando a Él con confianza, por los pasos o afectos que debes actuar en su presencia, detestando y aborreciendo la culpa, y todo aquello que puede desagradarle. Con paz del ánimo, pues no puede ser ofendido de quien no le quiere ofender, y que si la causa de mis deseos de morir es el salir de las cosas con que me parece le ofendo, ensanchará o dilatará la confianza, con la consideración de la suma piedad, procurando llegarme la hora más y más a Él. (Afecto 38)

El simple hecho de sentir que se aleja de ese Amor le produce dolor. Siguiendo a Santa Teresa de Ávila, Sor Francisca anhela ver el Rostro de Jesús. La espera de ese encuentro se le hace insoportable como a la Santa de Ávila cuando pronuncia su conocida frase “muero porque no muero”.

La gracia del Espíritu Santo

El Catecismo de la Iglesia Católica en su # 2713 establece que “la oración contemplativa es una relación de alianza establecida por Dios en el fondo de nuestro ser. En esta, la Trinidad conforma al hombre a imagen de Dios”. Las sagradas escrituras refieren al mismo tiempo que el Espíritu Santo favorece una profundidad incomprensible para la persona humana que no es posible describir apelando apenas a la racionalidad.

Conocedora de los Ejercicios de la Cartuja y de los de San Ignacio, a quien llamaba mi padre, Sor Francisca le comentaba todas sus experiencias al Padre Herrera,

su confesor, quien la impulsó hacia una vida de quietud y al abandono a la voluntad del Señor. En sus oraciones contemplativas meditaba en la Pasión de Nuestro Señor al estilo de Santa Brígida, lo que le permitió ahondar aún más en la perfección de la oración mística. Así mismo, temía que sus deficiencias fuesen la causa del dolor de Jesús, al punto que muchas de sus visiones la atormentaban, en especial, las que guardan relación con la condenación y con el infierno.

También me parecía que el santo ángel mostraba a mi alma una cosa asombrosa que no sé si sabré explicar: mostrábale, a la mano izquierda, un muladar tan feo y espantoso que parecía semejanza del infierno, como hecho de cuerpos podridos deshechos y espantosos; tan grandey profundo que no se le veía fin, y que de lo alto caían sobre él rayos, nubes y tinieblas, y entendía como si le dijeran: 'mira, esta es el alma sin Dios'. Parecíame que andaba por allí el santo ángel con rostro apacible y semblante y modo cuidadoso y solícito como los pastores que guían a buenos pastos sus ganados y cuidan no se desbarranquen. (Afecto 12)

Pruebas en el camino de santidad

Sentí una grande tribulación y confusión, con tentaciones y persecuciones interiores y exteriores de dar oídos a las criaturas y querer entender y remediar la inquietud interior y penas que traía, y extrañarla mucho en mi alma, teniéndome por perdida y engañada por lo que en mí experimentaba. Habiendo comulgado sentí estas palabras, como si me dieran a tender que mientras el alma anda peregrinando en la tierra, no han de faltar estas guerras y efectos de ellas. (Afecto 51)

La monja del Castillo advierte que el camino espiritual se nutre con las pruebas y con la experiencia de la cruz. La oración representa para ella el camino para restaurar las heridas del combate espiritual. "No clames a las criaturas que no podrán liberarte: mas tu voz sea al Señor" (Afecto 51).

Se vale del Salmo 77 para orar:

Señor mío, bien mío, amor y esperanza mía: ¿cómo no te compadecéis de tanta miseria, de tanta pobreza, de tanta ceguera y desnudez, de tanta necesidad y aflicción como es la mía? ¿No dice, Señor, vuestro profeta, '*Vide, Domine, afflictionem meam*', Porque se ha levantado mi enemigo; y el otro, '*Vide humilitatem meam, ¿et laborem meum?*' Como que viendo tus piadosos ojos la aflicción, la humillación, el trabajo y dolor, la

necesidad y pobreza, la multitud de tus misericordiosas entrañas no pueden contenerse en remediar al afligido, consolar al pobre, ¿perdonar al culpado? ¿Cómo es eso, Luz inmensa, que, entrando en tantas veces dentro de mí, me quedé ciega, ¿me quedé a oscuras? ¿Tan invencibles son mis tinieblas, tan tibios mis clamores, que estando dentro de mi pecho no los oís? (1956, p.195)

Busca su paz interior en la oración para sostenerse en su relación con Cristo.

Sor Francisca Josefa busca una disciplina de silencio que le ayude a mantener la comunicación con Dios, como camino de santidad y de perfección. “Pruébate, cíñete, purifícate, y véncete siete veces (...) Procura entrar cada día en el baño de la contrición y dolor, para que, más y más, te límites de la lepra de las pasiones humanas y afectos de tierra” (1956, p.197).

Santidad y filiación divina

La mística del Castillo tiene claro que el camino al cielo no es solo uno, pero una condición fundamental es recorrerlo de la mano de Cristo. “¡Ay alma, ¡cuánto me cuestas! Como palabras dichas con grande amor; y le representaba lo que había hecho y sufrido por ella, su amantísimo esposo” (1956, p. 216).

Siente que la relación íntima con la divinidad le permite una familiaridad profunda. Para la madre del Castillo, las primeras experiencias hacen parte de un esforzado y disciplinado proceso que forja su espíritu. La experiencia la incita a validar el camino que la Santa de Ávila había descrito:

Ya el alma bien determinada queda a no tomar otro esposo; más el Esposo no mira a los grandes deseos que tiene de que se haga ya el desposorio, que aún quiere que lo desee más y que le cueste algo, bien que es el mayor de los bienes. Y aunque todo es poco para grandísima ganancia, yo os digo, hijas, que no deja de ser menester la muestra y señal que ya se tiene de ella para poderse llevar, ¡Oh, válgame, Dios, ¡y que son los trabajos interiores y exteriores que padece hasta que entra en la Séptima Morada! (Santa Teresa de Jesús, 1957, p.361)

Sor Francisca Josefa manifiesta en sus escritos una relación con Dios en la que es Dios mismo quien llama y propicia la intimidad. “Dios mismo puede obrar

puntualmente para despertar el alma al deseo de la unión, y sostener el movimiento que ha suscitado” (Bernard Charles, 2006, p. 117). Los escritos dejan constancia también de la disposición de la monja a aquello que Dios suscita en ella.

Yo que no te diera? ¿Cuántas veces te entrego mi cuerpo, mi pecho, y mi corazón, no es tuyo, Sintiendo aquellas ansias de darle el alma y el corazón a Nuestro Señor entendía: ¿Qué tuve cuando lo comes? ¿no quedó todo unido a ti? ¿no bebes allí mi sangre? ¿no tienes mi alma? ¿Ahora qué resta? Sé constante y fiel que puedas decir *ecce nos relinquimus Omnia*. (Afecto 52)

El texto anterior refiere un mensaje esencialmente eucarístico. Sor Francisca Josefa señala su amor, donación y entrega a la divina voluntad y se prepara para la unión plena que expresa en función de la metáfora del *Cantar de los cantares* sobre los desposorios entre el alma y Dios.

La ternura de las palabras, tanto de Sor Francisca como de Nuestro Señor, no dejan pensar en otra cosa que en el encuentro entre dos enamorados que fundamentan su acercamiento en la pureza de una unión sublime. Sus palabras refieren la experiencia de una mujer absorta por el fuego de un Dios que no hace otra cosa que amar sin medida, al estilo del *Cantar de los cantares*. Coincide con los símbolos que Santa Teresa de Ávila esgrime para describir la experiencia del encuentro.

Estando la misma persona descuidada y sin tener la memoria en Dios, Su Majestad la despierta a manera de un cometa que pasa de presto, o un trueno, aunque no se oye ruido, más entiende muy bien el alma que fue llamada de Dios, y tan entendido, que algunas veces la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabrosísimamente, más no atina cómo ni quién la hirió; más bien conoce ser cosa preciosa y jamás quería ser sana de aquella herida. Quejase con palabras de amor, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa a su Esposo, porque entiende que está presente mas no se quiere manifestar de manera que deje de gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera no tenerla, no puede, más esto no quería jamás. Mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso que carece de pena de la oración de quietud. (Santa Teresa de Jesús, 1957, p. 369)

Las palabras de Santa Teresa de Ávila inciden en la experiencia mística de Sor Francisca Josefa. El amor entre Dios y el alma se explica como un flujo de ida y vuelta, un intercambio de sentimientos, impulsos, anhelos, aunque dispares, porque uno es divino y el otro es irremediamente humano e imperfecto, pero perfectible en la llama del amor perfecto de Dios. En la experiencia mística, el alma fluye. Se deja llevar en la

mano de Dios, el pastor al que las ovejas reconocen. Experimenta el llamado a abandonarse y a una confianza que excede toda lógica humana.

“¡Ea!, alienta tu corazón, pobrecilla, mujer, anégate en el mar de las Misericordias mías. Mira que vendrá la aurora, y se acabará la lucha y la batalla, y se dará fin a las tinieblas, entre tanta la aurora María, fuerte, suave, apacible y misericordiosa; terrible para los espíritus malos como un ejército bien ordenado. ¿No es tu Madre y Madre de tu Esposo? ¿pues que temes?

¿No es escogida, como el sol, para alegrar, beneficiar y vivificar, desde el águila real hasta la más pequeña avecilla, desde el león coronado hasta el animalito más pequeño, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo y hierva más humilde? Pues, ¡oh, gusanito pobre! También gozarás de las beneficencias de esa aurora y sol clarísimos, hermosísimo y purísimo. Arrójate a sus pies, escóndete en ese mar de piedades, bebe de esa fuente purísima, cuando recibas a su Hijo Sacramentado.” (1956, cap. LV, p. 357)

Sor Francisca Josefa del Castillo expresa un camino de santidad que se sustenta en la contemplación permanente que expresa a través de escritos luminosos, plenos de símbolos e imágenes que cantan su asombro, su contemplación, su sed de Dios y su anhelo de un encuentro definitivo con el Altísimo.

Conclusiones

La obra de Sor Francisca Josefa del Castillo revela una simbología de honda resonancia en la que da cuenta de una relación profunda con Dios que la incita a una entrega total, en consonancia con los autores que frecuenta, en especial, los escritos de Santa Teresa de Ávila.

Su experiencia de fe se expresa en función de metáforas y símbolos de honda raigambre en la tradición cristiana tales como la imagen del matrimonio entre Dios y el alma y Dios y la Iglesia que aparecía en *El cantar de los cantares* y se repite en los autores místicos que la monja lee con asiduidad.

Su experiencia y sus escritos dan cuenta de una relación íntima, progresiva y transformadora con Dios que se forja también con los dolores que suponen las

desavenencias permanentes con sus compañeras del convento y las experiencias vitales que suman dolores corporales y espirituales. La monja atesora cada experiencia como camino que incrementa la intimidad con su creador.

Su camino místico la incita a elegir la vida solitaria y silenciosa, la oración contemplativa y de alabanza a Dios a través de los salmos y la meditación sosegada y reflexiva de los evangelios y las prácticas propias de su fe y de su vocación, en especial, la adoración eucarística y la meditación de los evangelios.

Los *Afectos espirituales* revelan también los dones que ha recibido como visiones en las que advierte situaciones futuras, el estado del alma de las personas que la rodean o imágenes sobre las experiencias de la salvación o de la condenación, con marcada influencia de “Las Moradas” de Santa Teresa de Ávila. Medita, asimismo, sobre la pasión y muerte de Nuestro Señor en la Cruz y refiere visiones de los ángeles, de la Virgen María y de Jesús. Sus poemas se encuentran incorporados en la obra “*El cuaderno de Enciso*”, que ha sido comparado con los poemas de Sor Juana Inés de la Cruz. Su experiencia del amor de Jesús coincide con revelaciones particulares y privadas de místicos contemporáneos como Santa Faustina Kowalska con su revelación sobre Jesús de la misericordia.

Investigar y conocer experiencias religiosas tan cercanas a nuestro entorno nacional ofrece un referente significativo para quienes se sienten interpelados por el mensaje y el testimonio de Cristo que cobra fuerza en la experiencia de quienes testifican el poder de su mensaje salvífico.

Ante la situación de apostasía que circunda el mundo entero, estamos viviendo tiempos de persecución religiosa a los cristianos y a la Iglesia católica, y nos encontramos en batalla espiritual permanente contra los poderes del mal. Luchamos contra la destrucción de las familias, el aborto, la eutanasia, las leyes inmorales e

injustas, el suicidio, la drogadicción, los crímenes atroces, la injusticia social, los estados permisivos comunistas y ateos; y como bautizados, debemos combatir estas fuerzas malignas con la armadura de Dios (Efesios 6, 10-18), oración, sacramentos y ayuno.

Es nuestra obligación como bautizados insistir en transmitir el mensaje de salvación de Jesús, especialmente a los niños, niñas, jóvenes en formación, porque es la etapa de la vida fundamental para anunciar el evangelio. Se está cumpliendo la Palabra de Dios, que los hombres parecen ovejas sin pastor. Hay que anunciar el evangelio, a tiempo y a destiempo como nuestro principal compromiso bautismal y el legado que ha dejado a través de la historia sor Francisca Josefa, es muy valioso y esperanzador para continuar reconociéndolo, transmitiéndolo y profundizarlo.

Bibliografía

Achury, D. (1956). *Estudio Liminar. Sor Francisca Josefa de la Concepción. Afectos Espirituales*. Biblioteca de Autores Colombianos. Bogotá: Editorial ABC.

_____ (1956). *Estudio Liminar. Sor Francisca Josefa de la Concepción. Su Vida*. Biblioteca de Autores Colombianos. Bogotá: Editorial ABC.

_____ (1968). *Sor Francisca Josefa de la Concepción de Castillo y Guevara. Obras completas según fiel transcripción de los manuscritos originales que se conservan en la Biblioteca Luis Ángel Arango (I y II Vol.)*. Bogotá: Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel Arango.

Amico, Beppe. (2014). *San Pío de Pietrelcina*. Bogotá: San Pablo.

Arintero, J.G. (1952). *La Evolución Mística*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Bernard, Charles. A. (2006). *Teología Mística*. Burgos: Editorial Monte Carmelo.

Biblia de Navarra. (2008). Edición Popular. Eunsa.

Canal Telesantiago. (2019, 22 octubre, Tunja). La Comunidad Esclavos del Reino adelanta la causa de beatificación de Sor Francisca Josefa de Castillo y Guevara. <https://www.youtube.com/watch?v=YrV0jOj8Np4> [Recuperado 10-04-2023]

Catequesis Papa Francisco sobre las Bienaventuranzas. Audiencia Pública (12-02-2020). El Papa explica qué significa “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados” | ROME REPORTS [Recuperado 05-05-2023].

De Ávila, Teresa. (1957). *Obras Completas. Camino de Perfección*. Madrid: Ed. Aguilar.

_____ *Obras Completas. Las Moradas*. Madrid: Ed. Aguilar

Del Castillo, F. J. (1956). *Su Vida*. Biblioteca de Autores Colombianos. Bogotá: Editorial ABC.

_____ (1956) *Afectos Espirituales*. Tomo I. Biblioteca de Autores Colombianos. Bogotá: Editorial ABC.

Gonzaga Bonilla, D. (Febrero 2018). *Francisca Josefa, el “Afecto 45” y la mística*. Periódico de Poesía, Dirección de Literatura. Universidad Nacional Autónoma de Mexico. No.106. <http://www.archivopdp.unam.mx/index.php/1649-especiales-articulos/5095-no-106-especiales-poesia-y-espiritu-ii-francisca-josefa-el-afecto-45-y-la-mistica-daniel-gonzaga-bonilla> [Recuperado 15-05-2023]

Iglesia Católica. *Catecismo*. http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html [Recuperado 12-05-2023].

Kowalska, F. (1996). *Diario*. Stockbridge, USA., Ediciones de Los Padres Marianos de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

Menendez, Pidal, R. Ensayo.(1997). *El Estilo de Santa Teresa de Jesús.Obras Completas*. Madrid: Ed. Aguilar.

Philipon, M.M (2009). *Los Dones Del Espiritu Santo*. Madrid: Editorial Palabra

Reinoso Fonseca,N.R. (2017). *La Mística en los “Afectos Espirituales” de Sor*

Robledo, A. I. (2015). *Madre Francisca Josefa de la Concepción. Su Vida*.

Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.